



 **Håkan**
Nesser La raíz del
mal

DESTINO Serie Inspector Barbarotti

La raíz del mal

Serie Inspector
Barbarotti 2

Håkan Nesser

Traducción de
Pontus Sánchez

Ediciones Destino
Colección Áncora y Delfín
Volumen 1586

Título original: *En helt annan historia*

© Håkan Nesser, 2007

Publicado por primera vez por Albert Bonniers Förlag, Estocolmo, Suecia

Publicado en español por acuerdo con Bonnier Rights, Estocolmo, Suecia

© por la traducción del sueco, Pontus Sánchez, 2022

© Editorial Planeta, S. A., 2022

Ediciones Destino, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.edestino.es

www.planetadelibros.com

Primera edición: octubre de 2022

ISBN: 978-84-233-6220-2

Depósito legal: B. 13.520-2022

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: Rotativas de Estella, S. L.

Printed in Spain - Impreso en España

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

CAPÍTULO I

El inspector de la policía criminal Gunnar Barbarotti titubeó un instante. Luego giró la llave en la cerradura de siete puntos.

No era habitual. A veces ni siquiera se molestaba en cerrar la puerta con llave. Si quieren entrar, lo harán de todos modos, solía pensar, no hay ninguna necesidad de que, además, causen un destrozo.

Quizá ese tipo de pensamientos daban fe de una especie de derrotismo, quizá daban fe de una falta de confianza en el gremio al que él mismo representaba. Pero se decía que ninguna de las opciones era del todo incompatible con la imagen que tenía del mundo. Prefería ser realista antes que fundamentalista, en todos los aspectos, pero no había indicios apuntando hacia lo uno o lo otro que le pudieran servir de guía.

En eso pensaba, y al mismo tiempo se preguntaba cómo algo tan banal como cerrar la puerta con llave podía dar pie a tanta teoría porosa.

Aunque tampoco podía hacer ningún daño que el cerebro estuviera en marcha ya de buena mañana. Desde que se mudó a su mísero piso de dos habitaciones en la calle Baldersgatan en Kymlinge, a raíz de su divorcio, cinco años y medio atrás, no había tenido nunca una

visita inesperada, a excepción de algún dudoso compañero de clase que su hija Sara hubiese llevado a casa. Hay que confiar en la bondad del prójimo hasta que se demuestre lo contrario. Este principio optimista se lo había intentado inculcar su madre desde que Barbarotti tenía uso de razón, y no dejaba de ser una norma de vida tan válida como cualquier otra.

Por lo demás, el ladrón que se pensara que detrás de una trivial puerta de caoba laminada como aquella se ocultaba algo digno de robar y vender tenía que ser muy zoquete. Eso también era ser realista.

En cualquier caso, esa vez había cerrado con dos vueltas de llave. Tenía sus motivos. El piso iba a permanecer vacío durante diez días. Ni él ni su hija iban a pisarlo. Para ser honestos, Sara no lo había hecho desde hacía más de un mes: en cuanto se hubo graduado en el instituto, en junio, se marchó a Londres y empezó a trabajar en una tienda de ropa —o tal vez fuera un pub, en cuyo caso lo había ocultado para no preocupar a su padre de forma innecesaria—, y en esa línea iba a seguir.

Tenía diecinueve años, y la sensación de haber perdido una parte del cuerpo cuando ella se fue comenzaba poco a poco a desvanecerse. Muy poco a poco. La idea de que seguramente ya no volverían a vivir bajo el mismo techo iba penetrando en su corazón de padre más o menos al mismo ritmo.

Pero todo tiene su tiempo, pensó Gunnar Barbarotti con actitud estoica, y se guardó el manojito de llaves en el bolsillo de los vaqueros. Y cada propósito tiene su momento adecuado bajo el cielo.

Vivir juntos, separarse y morir.

Había empezado a leer la Biblia hacía cosa de medio año, a recomendación del mismísimo Nuestro Se-

ñor, y no dejaba de llamarle la atención la frecuencia con la que le venían palabras y versículos a la mente. Aunque no existas, querido Dios, solía pensar, hay que reconocer que las Sagradas Escrituras conforman un libro endiabladamente bueno. Al menos a ratos.

Nuestro Señor solía estar de acuerdo con eso.

Gunnar Barbarotti cogió su maleta de viaje de lona en una mano, la bolsa de basura a reventar en la otra y comenzó a bajar la escalera. De pronto sintió una alegría creciente en el cuerpo. Había algo en el hecho de bajar la escalera a pie, lo había pensado muchas veces: descender a una velocidad regular por una escalera agradablemente redondeada para desembocar en la ingente diversidad que ofrecía el mundo. ¿Acaso no se decía que el auténtico núcleo de la vida era el movimiento? ¿Un movimiento oscilante y fácil como aquel? Además, justo ese día las ventanas del hueco de la escalera estaban abiertas de par en par, el verano entraba a raudales, el olor a césped recién cortado se le metía por los orificios de la nariz y risas alegres de niños y niñas le llegaban desde el patio interior.

También los gritos de una niña que sonaba como un cerdo apuñalado, pero no hay por qué escuchar todo lo que se oye.

El cartero debía de bailar tango en su tiempo libre, porque evitó verse arrollado por la maleta mediante un elegante paso hacia atrás.

—¡Ten cuidado! ¿De viaje?

—Disculpa —dijo Gunnar Barbarotti—. Me he acelerado un poco... Sí, así es.

—¿Al extranjero?

—No, esta vez me conformo con la isla de Gotland.

—No hay ninguna razón para irse de Suecia en esta época del año —reflexionó el cartero inesperadamente

dicharachero, a la par que señalaba hacia el patio con el dedo—. ¿Quieres la cosecha del día o te la meto en el buzón, y así te libras de verla unos días?

Gunnar Barbarotti se lo pensó un momento.

—Dámela. Pero nada de publicidad.

El cartero asintió con la cabeza, repasó su puñado de cartas y le entregó tres sobres. Tal como los cogió, Barbarotti los metió en el bolsillo exterior de la maleta. Le deseó un buen verano y continuó a un ritmo un tanto más tranquilo hasta la planta baja.

—¡Gotland es una perla! —gritó el cartero a su espalda—. Más horas de sol que en ninguna otra parte de Suecia.

¿Horas de sol?, pensó Gunnar Barbarotti tras dejar Kymlinge atrás y bajar la temperatura del coche a veinticinco grados. Bueno, no es que tenga nada en contra de las horas de sol, pero si llueve diez días seguidos tampoco me va a dar demasiada pena.

Era otro tipo de calor el que tenía planeado, a decir verdad, pero el cartero no podía saber nada al respecto... *Si dos durmieren juntos, se calentarán mutuamente; mas ¿cómo se calentará uno solo?*

Mucho Eclesiastés hoy, constató Gunnar Barbarotti, y miró la hora. No eran más que las once menos veinte, el cartero había pasado antes de lo habitual, quizá tuviera planes de ir a bañarse a algún sitio al mediodía. Barbarotti pensó que le parecía bien que lo hiciera. En Kymmen o en el lago Borgasjön. Ese día le parecía bien que cualquier persona hiciera lo que le apeteciese. Estrictamente hablando. Se le escapó un suspiro de bienestar. Así deberían ser todos los suspiros, reflexionó de pronto. No deberíamos suspirar de forma premeditada, se nos tendrían que

escapar siempre. Eso también debería aparecer en el *Eclesiastés*.

Se observó el rostro en el espejo retrovisor y descubrió que estaba sonriendo. Iba sin afeitarse y se le veía un tanto desaliñado, pero la sonrisa le partía la cara de oreja a oreja.

¿Y por qué no iba a sonreír? El ferri salía de Ny-näshamn a las cinco, la carretera estaba tan despejada de coches como el cielo lo estaba de nubes, era el primer día de un viaje largamente esperado. Aumentó la velocidad, metió un CD de Lucilia do Carmo en el reproductor y pensó que la vida era una delicia.

Luego se puso a pensar en Marianne.

Luego pensó que, en realidad, se trataba del mismo pensamiento.

Llevaban conociéndose casi un año. Con la vaga sensación de que el tiempo debía de estar dislocado, Barbarotti cayó en la cuenta de que no era más tiempo que eso. Habían coincidido en la isla griega de Tasos el verano pasado, en circunstancias óptimamente favorables —libertad, ausencia de responsabilidades, entorno desconocido, noches de terciopelo, ovulación y un cálido mar mediterráneo—, pero la cosa no había quedado en un amor de verano. Yo no soy de amores de verano, le había declarado Marianne tras la primera noche. Yo tampoco, había reconocido él. Ni siquiera sé cómo funcionan; si miro a una mujer a los ojos, por norma general también suelo casarme con ella.

A Marianne eso le había parecido de lo más decente. Así que de vuelta en casa habían continuado viéndose. A intervalos regulares, como dos solitarios planetas de mediana edad, solía pensar él, que poco a poco y de forma implacable van gravitando el uno hacia el

otro. A lo mejor era así como tenía que ser, como tenían que comportarse: como si construyeran de forma delicada pero consciente un puente compuesto a partes iguales de valentía y cautela. Marianne vivía en Helsingborg y tenía dos hijos adolescentes, él tenía su casa doscientos cincuenta kilómetros más al norte —en Kymlinge— y una hija que acababa de abandonar el nido y dos hijos en apropiación indebida. Así que podía decirse que era un puente bastante largo.

Un halo de melancolía se le echó encima al pensar en Lars y Martin. Sus chicos. Ahora vivían con su madre en las afueras de Copenhague. Había pasado dos semanas con ellos a comienzos del verano y, si todo iba bien, le esperaba una más en agosto, pero la sensación de que los estaba perdiendo era ineludible. Su nuevo padrastro se llamaba Torben, o algo parecido, y tenía un centro de yoga en Vesterbro. Barbarotti nunca había coincidido con él, pero había indicios de que era un poquito mejor que su predecesor. Este había sido una maravilla de hombre hasta el día en que se vio azotado por un arrebato de locura y se fugó con una bailarina de danza del vientre, una bomba africana oriunda de Costa de Marfil.

¿Qué te dije?, pensó Barbarotti en aquella ocasión, pero ya entonces lo había vivido como una satisfacción a medias con la fecha de caducidad superada desde hacía tiempo.

Y Lars y Martin tampoco parecían demasiado infelices ante la idea de tener que vivir en Dinamarca, eso era algo que Barbarotti no podía sugerir ni poniéndole todo el empeño del mundo. La cuestión era más bien por qué de vez en cuando —en uno de los rincones más viciados de su alma— quería que estuvieran a disgusto allí. ¿Acaso no iba a terminar nunca la guerra fría

con Helena? ¿Seguiría él levantando carteles pálidos y enfermizos de TE LO DIJE toda la eternidad?

Mi responsabilidad es hacerlos felices a ellos, solía subrayar ella, no a ti. Eso es algo del pasado.

En otro rincón de su alma Barbarotti sabía que Helena tenía razón. Después del divorcio, Sara había elegido quedarse a vivir con él, y era a ella a quien ahora echaba de menos. No a su exmujer, ni tampoco a sus dos hijos, si era totalmente sincero. Sara lo había salvado de los demonios de la soledad durante cinco años, así que era mucho peor ahora, cuando lo había dejado atrás para lanzarse al mundo.

Y entonces había llegado Marianne. Gunnar Barbarotti sabía que debía agradecer a su estrella de la suerte el que hubiera aparecido en su vida, o quizá a ese dios potencialmente existente con el que a veces negociaba como un auténtico caballero.

Espero que Marianne entienda el agujero que tiene para llenar, pensó. O tal vez sería mejor que no lo viera, se corrigió al cabo de un rato. No a todas las mujeres les encantaba ocuparse de hombres de mediana edad necesitados de ayuda. Al menos no a la larga.

Barbarotti se dio cuenta de que sus ánimos estaban decayendo —¿por qué tenía que ser tan difícil mantener la cabeza fuera del agua?—, y dado que en ese mismo instante un piloto rojo comenzó a parpadear en el panel del coche, se desvió para hacer una parada en una gasolinera Statoil que se le había aparecido en el momento oportuno.

Gasolina y café. Hay un momento para todo.

El ferri a Gotland no iba tan a reventar como había temido.

Quizá se debía a que era martes. Entre semana. El

alud de locos por darse un chapuzón provenientes de la capital se concentraba en fin de semana, cabía suponer. Gunnar Barbarotti sintió cierta gratitud por no hospedarse en el centro de Visby los diez días que iba a pasar con Marianne. Recordó con aversión una semana hacia el final de su matrimonio, cuando Helena y él habían alquilado un piso carísimo dentro de la zona amurallada más o menos en esa misma época del año. Había sido como vivir en un parque de atracciones destartado. Jóvenes gritones, vomitones y fornicadores en cada callejón, imposible pegar ojo antes de las tres de la madrugada. Joder, había pensado Gunnar Barbarotti en aquella ocasión, si esto es lo que llaman turismo vital para la economía, ya pueden reformar el Palacio Real de Estocolmo y reconvertirlo en cervecería y burdel. Así ya no hace falta que cojan el barco.

El sentimiento de impotencia se había visto reforzado, evidentemente, por el hecho de que llevaban consigo a tres críos a los que cuidar, y además el matrimonio en sí se hallaba en las últimas. Recordaba que se habían dado una noche para cada uno para salir y desmelenarse. Había empezado Helena, había vuelto a la casa a las cuatro de la madrugada y parecía bastante satisfecha. Como él no quería ser menos, la noche siguiente se había apalancado a solas en la playa del camping Norderstrand con una caja de cervezas hasta las cuatro y media.

Eso sí, al pasear de vuelta a casa aquella madrugada, entre las ruinas y los rosales, la ciudad estaba hermosa, incluso para él. Endiabladamente hermosa.

Cuando Marianne le había preguntado por su experiencia en Gotland, él se había contentado con contarle un par de visitas que había hecho a la isla en sus años mozos —a Fårö y a Katthammarsvik—, pero no había comentado la terrible semana en Visby.

Y ahora lo que tocaba era Hogrån. El nombre significaba «abeto grande», le había explicado ella. Se trataba de un pueblecito en el corazón de la isla, poco más que un cruce de caminos y una iglesia, pero era allí donde Marianne y su hermana tenían la casa. Era una herencia de la generación anterior, le habían comprado su parte a un hermano de carácter un poco difícil, y Marianne le había garantizado que el sitio estaba libre del molesto turismo.

Porque quedaba a más de diez kilómetros del mar, le había aclarado. Tofta era la playa más próxima, los niños solían ir en bici un par de veces a la semana, pero ella pasaba. Y en los siguientes ocho días no había críos a la vista.

Apacible es una palabra tan manida, había añadido Marianne. Es una lástima, porque la tranquilidad es la esencia de Gustabo.

Gustaf, que le había dado nombre a la vivienda, había levantado la casa enalada a mediados del siglo XIX, y cuando el padre de Marianne la había comprado, a comienzos de la década de los cincuenta, se había enamorado de ella, en primer lugar, por el nombre. El hombre también se llamaba Gustaf, y los últimos cinco años de su vida —después de quedarse viudo— se los había pasado prácticamente enteros allí.

Gustaf en Gustabo.

Así que había lo esencial para vivir. Tanto agua como electricidad y radio. Pero ni tele ni teléfono. No puedes llevarte el móvil, le había instruido Marianne. A tus hijos puedes darles el número fijo del granjero vecino, con eso es más que suficiente. La idea no es tener todo el planeta zumbando a tu alrededor cuando estás en Gustabo. Incluso mis hijos han aprendido a aceptarlo.

Solemos sentarnos a escuchar la predicción marítima y *El poema del día*, había añadido, a ellos les gusta. Johan incluso ha dibujado un mapa con todos los faros de Suecia.

Él había obedecido. Había apagado el teléfono móvil y lo había dejado debajo de unos papeles en la guantera. Si le robaban el coche, bien podían llevarse también el teléfono, pensó, y no había ninguna cerradura de siete puntos ni para el uno ni para el otro.

Cuando el ferri comenzó a acercarse a la isla, subió a cubierta y observó la archiconocida silueta de la ciudad, que ardía bajo la luz de los últimos rayos del sol poniente. Techumbre, almenas y torreones. Era casi dolorosamente bonita. Pensó en lo que un buen amigo le había dicho una vez: Gotland no es solo una isla, es otro país.

Espero que ya esté allí, esperándome, tal y como me prometió, pensó luego. No sería divertido tener que buscar una cabina y llamar al granjero ese.

¿Aún existían las cabinas?

Marianne estaba allí.

Bronceada e irradiando belleza veraniega. No es posible que una mujer así esté esperando a un hombre como yo, pensó Barbarotti. Debe de tratarse de un malentendido.

Pero Marianne le echó los brazos al cuello y le dio un beso, así que parecía que Barbarotti estaba incluido en los planes, a pesar de todo.

—Estás tremendamente guapa —dijo él—. No vuelvas a besarme, que me desmayo.

—A ver si me puedo aguantar —respondió ella, y se rio—. Me parece...

—¿Sí?

—Me parece grandioso, de alguna manera. Recibir

a un hombre al que quiero en una hermosa tarde de verano. Un hombre que llega en barco.

—Hummm —murmuró él—. Aunque yo me sé algo aún mejor.

—¿El qué?

—Llegar en barco y que te reciba una mujer amada. Sí, tienes razón, es bastante grandioso. Habría que hacerlo cada tarde.

—También da gusto ser lo bastante mayor como para poder detenerte a apreciar cosas así.

—Exacto.

Gunnar Barbarotti se rio. Marianne se rio. Luego se quedaron en silencio y mirándose, y Barbarotti sintió algo húmedo y cálido creciéndole en la parte de atrás de la laringe. Lo deshizo con un carraspeo y pestañeó unas cuantas veces.

—Estoy tan contento de haberte conocido... Toma, tengo un regalo para ti.

Sacó la cajita con la joya que le había comprado. Nada del otro mundo, solo una piedra amarilla rojiza con una cadenita de oro, pero ella la abrió enseguida con dedos fervorosos y se la puso alrededor del cuello.

—Gracias. Yo también tengo algo para ti, pero te toca esperar hasta que lleguemos a casa.

¿A casa?, pensó él. Y sonaba como si Marianne lo dijera en serio.

—Pues qué, ¿nos vamos?

—¿Dónde tienes el coche?

—Aquí fuera, en el aparcamiento.

—Vale. Pues llévame al fin del mundo.

Y deja que me quede allí hasta el fin de los tiempos, añadió para sí. Las tardes como aquella podían volver poeta a un comerciante de cerdos.

Gustabo estaba en medio de la nada. Al menos era la sensación que daba cuando llegabas al anochecer. Gunnar Barbarotti vio claro que no habría sabido encontrar el camino por su cuenta. Quizá sí de vuelta a Visby, pero no el de ida. Cuando Marianne entró por la abertura de un muro de piedra, tras apenas media hora de trayecto, él tenía la agradable sensación de no tener ni la menor idea de en qué parte del mundo se hallaba. Ella paró el coche junto a un gran lilo y se bajaron. Un aplique exterior iluminaba la fachada de la casa de piedra, una oscuridad transparente de verano había comenzado a posarse sobre la parcela de césped, donde había un par de frutales nudosos y un conjunto de matas de grosella; el silencio casi parecía un ser vivo.

—Bienvenido a Gustabo —dijo Marianne—. Sí, aquí lo tienes.

En ese mismo instante se oyeron dos campanadas en la iglesia. Barbarotti miró el reloj. Las nueve y media. Luego giró el cuello en la dirección que le señalaba Marianne.

—La iglesia del centro del pueblo. Y nosotros vivimos pegados al cementerio. Espero que no te importe.

Gunnar Barbarotti le pasó un brazo por los hombros.

—Y ahí tenemos las vacas.

Volvió a señalar y él las descubrió a apenas unos metros de distancia. Siluetas pesadas y rumiantes al otro lado del muro de piedra.

—En esta época del año campan libres las veinticuatro horas del día. El granjero sale al campo a ordeñarlas, en lugar de meterlas. Aquí también hay cuatro puntos cardinales. La iglesia queda al este y las vacas pastan al norte. Al oeste tenemos el campo de colza más

amarillo del mundo, mañana lo verás, y al sur está el bosque.

—¿El bosque? —dijo Barbarotti paseando la mirada—. ¿A eso lo llamas bosque?

—Sesenta y ocho árboles de hoja caduca —le aclaró Marianne—. Robles, hayas y arces de sangre. A cuál más noble, y la mayoría tienen más de cien años. Vamos adentro. Espero que hayas mantenido tu promesa.

—¿Cuál?

—No atiborrarte de comida en el ferri. Tengo algo en el horno y una botella de vino aireándose.

—No he comido ni una gominola —le aseguró Barbarotti.

Se despertó y vio una tenue luz del alba filtrándose por las finas cortinas. Estas se movían un poco por efecto de una suave brisa, y un denso aroma a mañana de verano se colaba por la ventana abierta. Giró la cabeza y contempló a Marianne, que dormía profundamente a su lado, su espalda desnuda hasta la rabadilla y el tupido pelo castaño suelto sobre la almohada como un abanico maltratado. Tanteó la mesilla de noche hasta encontrar el reloj de pulsera.

Las cuatro y media.

Recordaba haber mirado la hora después de hacer el amor. A las tres y cuarto.

Por tanto, no era ni de lejos hora de levantarse y comenzar un nuevo día.

Pero tampoco es un instante que despachas así como así poniéndote a dormir otra vez, pensó. Apartó la sábana, se levantó con cuidado y fue a la cocina. Dio un par de tragos de agua directamente del grifo.

Será mejor echar un meo, ya puestos, concluyó enseguida y puso rumbo al jardín. Se quedó un rato de

pie moviendo feliz los dedos de los pies en el césped bañado por el rocío. Aquí estoy, pensó. Desnudo, aquí y ahora. En Gustavo en una noche de verano. Mejor que esto no lo voy a tener.

Le pareció grandioso. Casi aún más que llegar con el barco, y decidió no olvidar jamás ese momento. Contempló un instante el rubor de la mañana sobre el cementerio, luego se acercó al bosque noble y cambió el agua al canario. Se agazapó para esquivar un murciélago que pasó silbando por su lado. Le sorprendió: ¿los murciélagos no volaban solo al anochecer?

Siguió el muro de piedra y se detuvo un rato en los demás puntos cardinales.

Las vacas. El campo de colza.

Tiritó y volvió a meterse dentro de la casa. Paseó la mirada por el diseño sobrio que imperaba en toda su sencillez. Solo cal blanca y madera marrón. Vio su maleta, que se había quedado junto al banco de la cocina, aún sin abrir. Había algo blanco sobresaliendo del bolsillo exterior. Barbarotti rodeó la mesa de la cocina y cayó en la cuenta de que eran los tres sobres que le había entregado el cartero dicharachero al salir el día antes de casa. Los sacó y les echó un vistazo. Dos eran recibos, a juzgar por los remitentes: uno era de la empresa de internet y el otro de su compañía de seguros. Los volvió a guardar.

El tercer sobre estaba escrito a mano. Su nombre y dirección en tinta roja con letras mayúsculas angulosas y un tanto torpes. Sin remitente. Sello con un barco de vela.

Titubeó un segundo. Luego sacó un cuchillo de cocina del taco que había en la encimera y rasgó el sobre. Extrajo una hoja doblada por la mitad y leyó:

PIENSO MATAR A ERIK BERGMAN.
A VER SI PUEDES IMPEDÍRMELO.

Oyó a Marianne murmurar algo en sueños en el dormitorio. Se quedó mirando fijamente el texto.

La serpiente en el paraíso, pensó.